

- Sermon para el Jueves de la quarta semana de  
 Quaresma. *Sobre la muerte.* 228.  
 Sermon para el Viernes de la quarta semana de  
 Quaresma. *Homilia sobre el Evangelio  
 de Lázaro.* 257.  
 Sermon II. para el Viernes de la quarta semana  
 de Quaresma. *Sobre las faltas leves.* 292.

SER-



SERMON  
 PARA EL JUEVES  
 DE LA TERCERA SEMANA  
 DE QUARESMA.

SOBRE LA INCERTIDUMBRE DE LA  
 justificacion en el estado de tibieza.

*Surgens Jesus de Synagoga, introivit in do-  
 mum Simonis, Socrus autem Simonis tene-  
 batur magnis febribus.*

Habiendo salido Jesus de la Synagoga, entró  
 en la casa de Simon, cuya suegra estaba con  
 grandes calenturas. *Luc. 4. v. 38.*

**N**O hay cosa que represente mas al natural el estado de  
 una alma tibia y negligente, que el estado de en-  
 fermedad en que hoy nos pinta el Evangelio á la Suegra  
 de San Pedro. Puede muy bien decirse que la tibieza y  
 ocio.



ociosidad en los caminos de Dios, aunque esté acompañada de una vida libre de las culpas enormes, es una especie de calentura secreta y peligrosa, que destruye poco á poco las fuerzas del alma, altera todas sus buenas disposiciones, debilita todas sus facultades, corrompe insensiblemente todo el interior, muda sus gustos y sus inclinaciones, causa una aversion universal á todo lo que es de obligacion, la disgusta del bien, y del santo y util sustento, cada dia va consumiendo su sustancia, y acaba por ultimo en una total extincion, y en una muerte inevitable.

Este desfallecimiento del alma en los caminos de la salvacion es mas peligroso quanto menos se conoce; el vivir libres de desordenes en este estado de infidelidad nos asegura; la regularidad exterior de nuestro proceder, que nos grangea de parte de los hombres todos los elogios debidos á la virtud, nos lisongea; la interior comparacion que nosotros hacemos de nuestras costumbres, con los desordenes de aquellos pecadores declarados que se dexan arrastrar del mundo y de sus pasiones, acaba de cegarnos; y aunque es verdad que miramos á nuestro estado como menos perfecto, siempre le tenemos por seguro para la salvacion, pues nuestra conciencia no nos arguye mas que de pereza y negligencia en el cumplimiento de nuestras obligaciones; de falta de mortificacion, y de demasiado amor á nosotros mismos; y de unas infidelidades leves, que no introducen la muerte en el alma. No obstante, representandonos las Divinas Escrituras como igualmente despreciadas de Dios, tanto el alma adúltera, como la tibia, y pronunciando la misma sentencia contra el que desprecia la obra de Dios, como contra el que la practica con tibieza, se sigue que el estado de tibieza en los caminos de Dios es un estado muy dudoso para la salvacion, tanto por las presentes disposiciones que dexa en el alma, como por el estado á donde tardeó temprano la conduce.

Dixe primeramente; por las presentes disposiciones

nes que dexa en el alma, las que son la pereza, el amor propio, el disgusto de la virtud, la infidelidad á la gracia, y el desprecio de todo lo que no se tiene por esencial en las obligaciones; disposiciones todas que forman un estado muy dudoso para la salvacion.

En segundo lugar; por el estado á que tarde ó temprano nos conduce la tibieza, que es el olvido de Dios, y una caída manifesta y declarada.

Es decir que intento probar dos verdades principales en esta materia, las que dán á conocer todo el peligro de una vida tibia é infiel, y las que con su importancia nos darán asunto para dos distintos discursos. La primera, que es cosa muy dudosa que el alma tibia conserve en este estado habitual de tibieza la gracia santificante, y la justicia que la parece que conserva, y en la que vive asegurada: La segunda, que aun quando no fuera tan dudoso el si aun conserva en la presencia de Dios la gracia santificante, ó si en la realidad la ha perdido, á lo menos es indubitable que no podrá conservarla mucho tiempo en este estado.

La incertidumbre de la justificacion en el estado de la tibieza será el asunto de este primer discurso.

La infalibilidad de la caída en el estado de la tibieza será asunto del siguiente. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

*SI* decimos que estamos sin pecado, dice el Apostol San Juan, nos engañamos á nosotros mismos, y no se halla la verdad en nosotros. (a) En la tierra, aun

(a) Joann. epist. I. c. I. v. 8.  
Tomo V.



aun la virtud mas pura no está libre de algunas manchas; el hombre como está lleno de tinieblas y pasiones despues del pecado, no puede estar siempre tan atento al orden, que alguna vez no yerre y se extravíe; ni tan unido á los bienes verdaderos é invisibles, que no se dexé engañar alguna vez de los bienes aparentes, porque estos hacen unas impresiones muy vivas y prontas en nuestros sentidos, y siempre hallan en nuestro corazón disposiciones favorables á sus peligrosos engaños.

La fidelidad que pide la ley de Dios á las almas justas no excluye infinitas imperfecciones inseparables de la condicion de nuestra naturaleza, y de las que apenas puede libertarse la mas atenta piedad; pero estas imperfecciones son de dos modos; unas que son efecto de la fragilidad, y que mas son descuidos que infidelidades, en las que tiene mas parte la corrupcion de nuestra naturaleza, que la eleccion de la voluntad; las que, como dice San Agustín, dexa el Señor, aun á las almas mas fieles para mantener su humildad, para excitar sus gemidos, para avivar sus deseos, para aumentar el disgusto de su destierro, y la esperanza de su libertad; otras hay que nos agradan, que nos las justificamos nosotros mismos, á las que nos parece imposible renunciar, á las que miramos como mitigaciones necesarias para la virtud; no vemos en ellas cosa alguna culpable que se oponga al plan que hemos formado de nuestras costumbres, y de nuestro modo de vida, y forman á la vista de Dios aquel estado de ociosidad y tibieza que condena á tantas almas en el mundo, y en los claustros, siendo así que tenían en sí mismas principios de virtud, horror á la culpa, pensamientos de religion y de temor de Dios, y felices disposiciones para su eterna salud.

Digo pues, que este estado de relajacion y de in-

infidelidad, esta pacifica y tranquila negligencia en orden á todo lo que no nos parece esencial en nuestras obligaciones; esta condescendencia con todas nuestras pasiones, quando no hallamos culpa grave en ella; esta vida absolutamente natural, acomodada al genio, al temperamento, y al amor propio, tan comun entre los que hacen pública profesion de la piedad, tan segura en la apariencia, tan gloriosa en la presencia de los hombres, y á la que el error comun dá nombre de virtud y de regularidad; digo que este estado es muy dudoso para la salvacion, que tiene su raíz en un corazón desarreglado, en el que no domina el Espiritu Santo, y que todas las reglas de la fé nos inducen á creer que una alma de esta especie ya está privada, sin saberlo, de la gracia y de la justicia que aun la parecia conservar. Primeramente, porque en su corazón ya está apagado el deseo de la perfeccion, que es tan esencial á la piedad christiana. Lo segundo, porque las reglas de la fé, que distinguen la culpa de la simple ofensa, y que casi siempre son inciertas respecto de otros pecadores, son infinitamente mas inciertas respecto del alma tibia é infiel. Lo tercero finalmente, porque no se ve en ella señal alguna de una caridad viva y habitual. Vamos viendo despacio estas verdades, que merecen vuestra atencion.

Toda alma christiana está obligada á caminar á la perfeccion de su estado: Digo obligada, porque aunque el grado de perfeccion no esté incluido en el precepto que manda aspirar á la perfeccion, y trabajar para la perfeccion; con todo eso, este es un precepto, y una obligacion esencial á toda alma fiel: Sed perfectos, dice Jesu Christo, porque el Padre Celestial, á quien servís, es perfecto: Yo no hallo mas que un punto esencial; decia San Pablo, y es el olvidarme de todo quanto he hecho hasta ahora: ¿Y de qué se olvidaba, Católicos? De sus infinitos trabajos, de



## 6 SERMON PARA EL JUEVES

sus continuas fatigas, de su ministerio Apostolico, de tantos pueblos convertidos á la fé, de la fundacion de tantas y tan ilustres Iglesias, de tantas revelaciones y prodigios: *Y adelantar continuamente*, prosigue el Apostol, *en el camino que me falta que andar*. El deseo de la perfeccion, los continuos esfuerzos para conseguirla, las santas inquietudes en orden á los innumerables obstáculos que nos detienen en el camino, no son solamente puro consejo, y ejercicios reservados para los claustros y desiertos, sino que forman el estado esencial del Christiano, y la vida de la fé en la tierra.

Porque la vida de la fé con que vive el justo no es mas que un continuado deseo de que reyne Dios enteramente en nuestro corazon; una ansia santa de formar en nosotros la semejanza perfecta de Jesu-Christo, y de crecer hasta la plenitud del hombre nuevo; un gemido perpetuo, nacido del interior conocimiento de nuestras propias miserias, y de aquel peso de corrupcion que oprime nuestra alma, y que aun mantiene en ella tantas señales del hombre terreno; una lucha diaria entre la ley del espiritu; que quisiera elevarnos continuamente sobre nuestros sensuales afectos, y la ley de la carne, que siempre nos arrastra ácia nosotros mismos: Este es el estado de la fé y de la justicia christiana; seais quien fuereis, Grandes, ó Plebeyos, Principes, ó Vasallos, Solitarios, ó Cortesanos, este es el estado de perfeccion á que sois llamados; este es el espiritu de vuestra vocacion: No se os pide la austeridad de los Anacoretas, el silencio y retiro de los desiertos, ni la pobreza de los claustros; pero sí se os pide que trabajéis todos los dias en reprimir los deseos que se oponen en vuestro interior á la ley de Dios, en mortificar las rebeldes inclinaciones que con tanto trabajo se sujetan á la obligacion y á la regla; en una palabra, en adelantar la perfecta semejanza con Jesu-  
Chris-

## DE LA III. SEMANA.

7

Christo. Esta es la medida de perfeccion, á que os llama la gracia christiana, y la mas esencial obligacion del alma justa.

Pero siempre que condescendeis con todas vuestras inclinaciones, quando en esto no hay infraccion grave y visible del precepto; siempre que os ceñís á lo esencial de la ley, y os formáis como un plan y un estado de la tibieza y de la negligencia; siempre que con plena deliberacion no quereis adelantar en vuestra fidelidad, conociendo en vuestro interior que bien podriais hacer una vida mas recogida y exacta, desde entonces renunciáis al deseo de vuestra perfeccion, no procuráis adelantar continuamente para llegar á aquel punto de justicia y santidad á que Dios os llama, y ácia donde interiormente os está impeliendo su gracia: ya no llorais por aquellas miserias, y por aquellas flaquezas que os detienen en el camino, ni deseais que el reyno de Dios se perfeccione en vuestro corazon; y así desde entonces abandonáis la grande obra de la santidad á que habiais sido llamados, y en la que se os ha mandado trabajar: despreciáis el cuidado de vuestra alma; no seguís los designios de su gracia; deteneis sus santas impresiones; no sois Christianos: es decir, que sola esta disposicion, este formal designio de ceñirse á lo esencial, y mirar todo lo demás como excesos laudables y obras de supererogacion, es un estado de muerte y de pecado, pues es un declarado desprecio de aquel gran precepto que nos obliga á ser perfectos, esto es, á trabajar para serlo.

Con todo eso, quando os instruimos acerca de la perfeccion christiana, la mirais como propia de los claustros y desiertos, y apenas quereis oír nuestras instrucciones en este particular. Pues os engañais, Católicos: es verdad que las almas retiradas del mundo abrazan ciertos modos que son de puro consejo, como ayunos, aus-



austeridades y vigilijs para llegar á la mortificacion de las pasiones, á la que todos somos llamados: confieso que para llegar á la perfeccion se valen de unos medios que no son compatibles con nuestro estado; pero la perfeccion del fin á donde conducen estos medios, que es el arreglo de los afectos, el desprecio del mundo, la abnegacion de nosotros mismos, la sujecion de los sentidos y de la carne al espiritu, y la renovacion del corazon, es la perfeccion de todos los estados, la obligacion de todos los Christianos, y el voto de nuestro Bautismo: el renunciar, pues, á esta perfeccion, contentandose deliberadamente con un estado de vida suave, tranquila, sensual, mundana, libre solamente de las mas graves culpas, es renunciar á la vocacion christiana, y mudar la gracia de la fé, que nos ha hecho miembros de Jesu-Christo, en una indigna pereza. Primera razon.

Pero aun quando este estado de tibieza no fuera tan dudoso para la salvacion, atendiendo al deseo de la perfeccion, que es tan esencial á la vida christiana, y que está apagado en el alma tibia é infiel, lo sería atendida la imposibilidad en que la pone de distinguir en su conducta las infidelidades que pueden llegar á parar en culpa grave, de aquellas que se quedan solamente en simples ofensas.

Porque aunque es cierto, como dice San Juan, que no todos los pecados guian á la muerte, y que la moral christiana distingue las faltas que no hacen mas que contristar al Espiritu Santo en nosotros, de aquellas que le destruyen absolutamente en nuestras almas; con todo eso no son tan seguras ni tan universales las reglas que nos propone para distinguir las, que no nos podamos enganar al aplicarlas; porque suelen hallarse en nosotros algunas circunstancias que las hacen mudar de naturaleza; no hablo aqui de las transgresiones formales y ma-

ni-

nifiestas de los preceptos señalados en la ley, y que no dexan duda alguna en orden á la gravedad de la ofensa; hablo de infinitas transgresiones dudosas y diarias, de rencor, de envidia, de murmuracion, de sensualidad, de amor propio, de vanidad, de inquietud, de pereza, de fingimiento, de negligencia en la práctica de las obligaciones, de deseo de conseguir, ó de agradar, en las que es difícil el determinar á qué punto ha llegado la infraccion del precepto. Digo, pues, que solamente se puede decidir de la gravedad y de la malicia de esta especie de faltas por las disposiciones del corazon; que en este punto siempre son inciertas las reglas; y que muchas veces lo que en un justo no es mas que fragilidad y flaqueza, es delito y corrupcion, no solamente en el pecador, sino tambien en el alma tibia é infiel: ved los exemplos de esta verdad en las Divinas Escrituras.

Saúl, no obstante las ordenes del Señor, perdona al Rey de Amalech, y á todo lo mas precioso que halla entre los despojos de aquel infiel Principe: la culpa no parece demasiado grave; pero como nacia de un principio de soberbia y de relajacion en los caminos de Dios, y de una vana complacencia de su victoria, fue este el primer paso de su reprobacion, y se retira de él el espiritu de Dios. Por el contrario Josué, por ser demasiado crédulo, perdona á los Gabaonitas, á los que le habia mandado el Señor que exterminase, y no le consulta delante del Arca antes de aliarse con aquellos impostores; pero como esta infidelidad mas fue ligereza y engaño, que desobediencia, y nacia de un corazon que todavia era obediente, religioso y fiel, se reputa por leve en la presencia de Dios, y le es inmediatamente perdonada. Pues siendo indubitable este principio, ¿en qué os fundais para tener por leves vuestras continuas y diarias infidelidades? ¿Conoceis bien toda la corrupcion de

de



de vuestro corazón de donde dimanar? Dios, que es el escudriñador, y el Juez, la conoce, y su vista es muy diferente de la del hombre. Pero si es lícito juzgar antes de tiempo, decidme, esa pereza y esa infidelidad que se halla en vosotros, esa perseverancia voluntaria en un estado que desagrade á Dios, ese desprecio deliberado de todas las obligaciones que no teneis por esenciales, ese cuidado de no hacer cosa alguna por Dios, sino quando os manifiesta el infierno; ¿os parece que todo esto podrá formar à su vista un estado digno de un corazón christiano; y que unas faltas que nacen de una raíz tan corrompida, podrán ser leves y dignas de perdon?

Por eso, Católicos, Pablo, aquel hombre milagroso á quien habian sido revelados los secretos del Cielo; Pablo, que no vivía en sí mismo, y en quien solo vivía Jesu-Christo; Pablo, que siempre estaba deseando la disolucion de su cuerpo terrestre, para ser revestido de la inmortalidad; aquel Apostol que estaba siempre dispuesto á dar su vida por su Señor, y á ser sacrificado por su fé; aquel vaso de eleccion, á quien en nada reprehendia su conciencia, con todo eso no sabía si era digno de amor ó de aborrecimiento, si conservaba en lo íntimo de su corazón el tesoro invisible de la caridad, ó si le habia perdido; y en estas tristes dudas no podia el testimonio de su conciencia calmar sus temores y sus incertidumbres. David, aquel Rey tan penitente, que tenia todas sus delicias en meditar continuamente la ley del Señor, y á quien el Espíritu Santo llama un Rey segun el corazón de Dios; David teme, no obstante esto, el que no le sea suficientemente conocida la malicia de sus faltas, y que la corrupcion de su corazón le oculte la gravedad de ellas; se figura en su conciencia unos abismos desconocidos, y este pensamiento le hace derramar un torrente de lágrimas en presencia  
de

de la santidad de su Dios, y pedirle que le ayude á purificarse de sus ocultas infidelidades, dandoselas á conocer: *Et ab occultis meis munda me Domine.* (a) Y vosotros que no velais sobre vuestro corazón, que en unas costumbres tibias y sensuales os permitís continuamente con pleno conocimiento mil infidelidades, cuya malicia no sabeis como la juzga Dios; Vosotros, que todos los días estais experimentando aquellos dudosos movimientos de las pasiones, en los que á pesar de la condescendencia que usais con vosotros mismos, teneis tanto trabajo en distinguir si siguió el consentimiento al deleyte, y si os contuvisteis en aquel peligroso grado que separa la culpa de la simple ofensa: Vosotros, cuyas acciones casi todas son dudosas, que siempre os estais preguntando á vosotros mismos, si os habeis excedido; que teneis unas confusiones y unos remordimientos en vuestras conciencias, que nunca averiguais suficientemente; que continuamente estais fluctuando entre las culpas y las faltas leves, y que quando mas solamente podeis decir que vivís un grado separados de la muerte: *Uno tantum gradu, ego morsque dividimur.* (b) Vosotros, no obstante tener tan justos motivos de temor, ¿podreis persuadiros á que conoceis perfectamente el estado de vuestra conciencia? ¿Que las decisiones de vuestro amor propio en orden á vuestras infidelidades son las decisiones del mismo Dios, y que el Señor á quien servís con tanta tibieza y negligencia no os entrega á vuestros propios errores, ni castiga en vosotros vuestros desordenes, permitiendo que no los conozcais? ¿Os habeis de persuadir á que aun conservais la gracia santificante? ¿Y habeis de vivir tranquilos en orden á vuestras infidelidades visibles y habituales, funda-

(a) Psalm. 58. v. 13.

(b) 1. Reg. 20. v. 3.



dados en un habito invisible de justicia, del que no veis señal alguna exterior.

¡Oh hombre! qué poco conoces las ilusiones del corazón humano, y los terribles juicios de Dios para con las almas semejantes á la tuya! Dices que eres rico, que estás lleno de bienes (de este modo reprehendia el Señor en otro tiempo á una alma infiel y tibia) y no ves, añadía el mismo Señor, (porque el carácter de la tibieza es la ceguedad y la presuncion) no ves que eres pobre, miserable, ciego, y que estás desnudo de todo á mi vista: *Et nescis quia tu es miser, & miserabilis, & cæcus & nudus.* (a) La suerte, pues, de una alma tibia é infiel es vivir en la ilusion, tenerse por justa y del agrado de Dios, y estar privada en su presencia, sin saberlo, de la gracia y de la justicia.

Y os suplico que hagais aqui una reflexion, y es que la confianza de las almas de que yo hablo, es tanto peor fundada, quanto no hay persona alguna mas imposibilitada de juzgar de su corazón que el alma tibia é infiel. Porque el pecador declarado no puede disimularse á sí mismo sus delitos, y conoce bien que está muerto en la presencia de Dios: El Justo, aunque ignore si es digno de amor ó de odio, tiene á lo menos en sí una conciencia que de nada le arguye; pero el alma tibia é infiel siempre es un misterio inexplicable para sí misma. Porque debilitando la tibieza en nosotros los lucas de la fé, y fortificando nuestras pasiones, aumenta nuestras tinieblas; cada infidelidad es una nueva nube esparcida sobre el entendimiento y sobre el corazón, que obscurece á nuestra vista las verdades de eterna salud; de este modo vuestro corazón se va poco á poco obscureciendo, vuestra conciencia se turba, vuest-

(a) Apoc. 3. v. 17.

tras luces se amortiguan, y no sois ya aquel hombre espiritual que juzga de todo con claridad; insensiblemente os vais formando en vuestro interior unas máximas, que minoran á vuestra vista vuestros propios defectos; la ceguedad va creciendo á proporcion que se aumenta la tibieza; quanto mas os entibiais, mas diferentemente mirais las obligaciones y las reglas; lo que en otro tiempo os parecia esencial, ya no os parece mas que un vano escrupulo; las omisiones, acerca de las cuales padeciais tan vivos remordimientos en el tiempo del fervor, os parecen faltas leves; y los principios, los juicios, y las luces, todo está mudado.

En este estado, pues, ¿quién os ha dicho que no os engañais en orden al juicio que haceis de la naturaleza de vuestras infidelidades, y de vuestras caídas diarias? ¿Quién os ha dicho que lo que os parece tan leve lo es en la realidad; y que los excesivos límites que poneis á la culpa grave, y fuera de los cuales todo os parece culpa venial, son los verdaderos límites de la Ley? ¡Ah! Aun los Directores mas ilustrados no pueden en este punto ver una conciencia tibia é infiel; sucede lo que en las enfermedades de desfallecimiento, en las que no se conoce la causa, en las que los mas sabios Medicos no pueden hablar con seguridad, y cuya secreta raiz siempre es un enigma: En este estado de tibieza bien sabeis vosotros mismos que teneis sobre el corazón no sé que estorvos, los que jamás conocéis como quisierais: Que siempre os queda en lo interior de la conciencia una cosa oculta é inexplicable que nunca manifestais perfectamente; y entonces no son las acciones que habeis executado las que se ocultan á vuestro conocimiento, sino el estado de vuestra alma: Conoceis bien que la confesion exterior de vuestras faltas nunca se parece á vuestras íntimas disposiciones, ni



explica vuestro interior como es en la realidad ; y finalmente , que siempre hay en vuestro corazon alguna cosa mis culpable que las infidelidades de que os acusais.

Y á la verdad , quién podrá aseguraros de que en esas interiores y continuas complacencias ; en esa inacción y ociosidad que consumen la principal parte de vuestra vida : en ese cuidado de buscar todo quanto agrada á los sentidos , en evitar lo que os molesta , y en sacrificar siempre á vuestra pereza y á vuestra ociosidad todo lo que no teneis por esencial á la Ley : ¿Quién podrá aseguraros de que en ese estado no ha llegado el amor propio á aquel fatal punto que basta para hacerle dominar en el corazon , y desterrar de él la caridad ? En esas infidelidades voluntarias , y tan frecuentes , en que asegurados con su falsa venialidad resistís á la gracia que interiormente os está apartando de ellas , ¿quién podrá responderos si sofocais los avisos de la conciencia que os la está reprehendiendo , y obráis siempre contra vuestro propio distamen , si ese desprecio interior de la voz de Dios , ese abuso formal y continuo de los auxilios y gracias , no es un ultraje que haceis á la bondad Divina , un culpable desprecio de sus dones , una malicia que no dexa excusa alguna en el desorden , una preferencia deliberada de vuestras inclinaciones , y de vosotros mismos á Jesu-Christo , que necesariamente debe nacer de un corazon en que está aniquilado todo el amor al orden y á la justicia ? ¿Quién podrá aseguraros de que en esos pensamientos , en que vuestro espíritu ocioso se acuerda de los objetos y de los sucesos peligrosos para la honestidad , quién os podrá asegurar de que no ha sido culpable la lentitud que habeis tenido en desecharlos , y que los esfuerzos que despues habeis hecho no han sido artificios del amor propio , que

poco despues ha querido ocultaros á vosotros mismos vuestra culpa , y sosegaros en orden á la complacencia que en ellos tuvisteis ? ¿Quién se atreverá á decidir , por ultimo , si en aquellas antipatías , y en aquellos odios secretos , en que nunca haceis mucha fuerza para venceros , y en que cedéis , mas por respetos humanos que por piedad , os habeis contenido dentro de aquellos peligrosos límites , fuera de los cuales se tropieza inmediatamente con el rencor y con la muerte del alma ? ¿Si en aquel excesivo sentimiento que regularmente acompaña á vuestras aflicciones , á vuestras enfermedades , á vuestras pérdidas , y á vuestras desgracias , lo que llamais sentimiento inevitable de la naturaleza , no es mas que desorden de vuestro corazon , y repugnancia á las ordenes de la providencia ? ¿Si en todos aquellos negocios , en que tan cuidadosamente os ocupais para proporcionar los intereses de vuestra fortuna , ó para cuidar de una vana hermosura , no hay una ansia suficiente para formar el delito de la ambicion , ó una vana complacencia , y un deseo de agradar , capaz de manchar vuestro corazon con la culpa de la sensualidad ? ¡Gran Dios ! ¿Quién ha podido discernir , como decia en otro tiempo vuestro siervo Job , los fatales límites que separan en el corazon la vida de la muerte , y la luz de las tinieblas ? Estos son unos abismos , que siendo muy poco conocidos del hombre , no puede éste hacer mas que temblar , y cuya declaracion reservais para el dia de vuestras venganzas : Segunda razon sacada de la incertidumbre de las reglas , la que hace que sea muy dudoso el estado de una alma tibia , y que la debilita para que ella misma se conozca.

Pero hay otra razon que me parece mas terrible y decisiva contra el alma tibia , y es que en ella nada se ve que pueda ni aun hacer presumir que conser-